

A ti, esos ojos  
inciertos que se me apoderan  
secretamente de las palabras.



## nota del transcriptor

Este curioso libro del fraile menor Juan Unay fue descubierto entre los fondos bibliográficos de la Biblioteca de la Academia Histórica de Madrid. Guarnecido en cuero amarillo, estaba catalogado junto a varios códices de astrología y tratados de adivinación. En la cubierta, escrito con letras capitales de color rojizo, podía advertirse la presencia de un título, muy diferente del que aparece en el *explicit* del manuscrito. Sobre el lomo se apreciaban aún las trazas de un antiguo registro, el SS. 111, reemplazado ahora por la signature de esta Biblioteca. Lo trasladé del castellano medieval, conservando algunos de sus latinismos, y lo di a la imprenta. Debido a su interés y relación con este libro, he transcrito también la carta que, dirigida al rey Enrique IV de Castilla, fue copiada en los folios 287r. y 287v.



## Anímae meae purgatio

Aquí comienza el libro que hizo Juan Unay, fraile menor de la orden del Sancti Spiritus, en el que habla de los grandes hechos que sucederán en el mundo por los muchos y grandes pecados que los hombres cometerán en este tiempo, así como de los notables sucesos que han jalonado la miserable vida de este humilde siervo del Señor.

Y muchas de las cosas admirables que sobre los acontecimientos venideros aquí escribo no las sé porque sea profeta o adivino inspirado por el diablo, sino porque, aunque hombre pecador, indigno de alcanzar la gracia divina, las he deducido mediante la cabal interpretación de las Sagradas Escrituras, guía de todo hombre de fe y luz frente a las tinieblas de los placeres mundanos.

Ya se acerca el día, estad atentos y vigilantes, no os olvidéis de vuestros deudos y hermanos. Los signos de los tiempos nos advierten. Limpiad vuestros ojos y aguzad vuestros oídos, no os dejéis engañar por el poderío de Satanás. Este maldito enemigo nos acecha constantemente y envía a sus mensajeros para que se confundan entre nosotros. La corrupción del mundo así nos lo muestra y enseña: cada día se extienden más los escándalos; las enfermedades y plagas nos persiguen y torturan; los desórdenes de la naturaleza nos sorprenden; crece la impiedad y desvergüenza entre la clerecía; y el hombre se hace más cruel y desprecia los bienes del cielo. Leed al apóstol San Mateo, prestad atención a sus auténticas palabras y os daréis cuenta de que con su espíritu de profecía estaba presagiando las tribulaciones de nuestro siglo y que yo no me aparto ni un punto de esta verdad: «Se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares, pero todo esto es el comienzo de los dolores».

Estad seguros, hermanos míos y amigos, que los que fueron cuerdos y escuchen mis palabras se salvarán, mas los que solo crean en sus vanidades y deleites serán atormentados tan cruelmente que no me es posible describir aquí los tormentos infernales que les infligirán.

Habéis de saber que un buen día, hace ya poco más de diez años, muy apartado del trasiego del mundo en el interior de las cuevas de Hércules, me traspuse y sentí cómo una llama de fuego de color púrpura envolvía todo mi cuerpo y lo suspendía en un éxtasis apacible; cuando desperté de ese dulce letargo, se abrió mi corazón y pude discernir con claridad la clave de las Sagradas Escrituras y comprender el enigma del Apocalipsis. Supe entonces que el reinado de la bestia se acercaba, que en Babilonia había nacido el Anticristo de la cópula de un padre con su hija y que esta inicua criatura, que

tantas veces había visto esculpida sobre la piedra de las arquivoltas en la entrada principal de la catedral, iba a cumplir ya los veinte años. Pude observar su fisonomía y comprender cuán lejos se hallaba su aspecto de todas aquellas imágenes que de joven me aterrorizaron y que había descubierto en unos hermosos pergaminos iluminados, aquellos que contenían la explicación del Apocalipsis de un monje de otro tiempo llamado Beato. Tampoco se asemejaba en nada su figura a la que me habían comentado mis viejos maestros, ni siquiera guardaba parecido con las formas monstruosas transmitidas por la monja Hildegarda, quien vivió hace unos doscientos años, ni con aquella bestia marina de cabeza enorme, de la que nacían seis cabecitas y diez cuernos, y que ahora no puedo recordar en dónde la había visto.

Amigos y hermanos míos, debéis saber que lo que yo contemplé estando en trance fue un ser deforme que medía ocho palmos; su rostro era redondo, de color amarillo, aunque algo ennegrecido; carecía de cabellos, pero mostraba dos copetes en la barbilla de pelos muy negros; tenía unos ojos azules muy pequeños y una nariz plana con dos orificios enormes. Caminaba de una manera extraña y desairada, apoyado sobre dos largas y delgadas piernas; los hombros le llegaban hasta las orejas y en las palmas de sus cortas y gruesas manos se dibujaban numerosos puntos negros. Iba vestido con un sayal viejo y sucio, todo roto, y, cuando comía, desmoronaba vilmente con sus dedos todos los alimentos antes de llevárselos a la boca.

Os aseguro, por vida de Nuestro Salvador Jesucristo, que tal es el aspecto de la más inmundada de las bestias, hijo de Satanás, abominación de la desolación, según la llamó el profeta Daniel en su libro. Doy fe también de que esto que ahora os cuento, y todos los secretos que os revelaré más adelante, me fueron confiados en el silencio de la noche para advertiros de que Dios, por nuestros graves pecados, hará perecer de inmediato el mundo y permitirá que este perverso Anticristo venga a seducir a los tibios en la fe y a todos aquellos que creyeren en sus fingidas palabras. Preparaos ahora para recibir en vuestros corazones a Elías y Enoch, que descenderán del cielo envueltos en una nube y que predicarán durante mil doscientos sesenta días contra esta seductora y mala bestia.

Estad, por lo tanto, alerta, ya que el tiempo ha llegado y solo queda el momento de su manifestación.

*Anno Domini 1453*



Han pasado ya muchos veranos desde que, en un mes de julio del año del nacimiento de Nuestro Señor de 1411, predicó en Toledo fray Vicente Ferrer. Entró en esta noble ciudad montado en su asno y protegido de los rigores del sol por un humilde sombrero de paja de palma. Le precedía en solemne procesión un séquito de unos trescientos hombres y doscientas mujeres que iban rezando con mucha devoción y sentimiento por las calles que conducían hasta la catedral. Las multitudes se disputaban poder tocar con sus dedos o con sus labios las pobres ropas del venerable fraile, pues su fama se había extendido sobremanera por todas las tierras de la corona de Aragón y Castilla, y aún muchos decían que por Francia e Italia.

Aquel día me encontraba algo aturdido, lo recuerdo aún bastante bien, porque a causa de mis graves pecados —¡Dios me los perdone!— había dormido muy poco y en mi cuerpo notaba todavía la languidez extrema de una noche sin descanso. Entre las multitudes, agobiado por el estruendo enfervorizado que provocó el acontecimiento de la llegada de aquel fraile a la ciudad, pisado y empujado una y mil veces, conseguí entrar a la catedral, en donde de rodillas, como todos los que allí nos encontrábamos, escuché el *Salve Regina* y pude percibir la voz angélica de fray Vicente, que decía su oración y bendecía después a todos los presentes. Aquella fue la primera vez que escuché las palabras de aquel legado de Jesucristo, de quien tanto había oído hablar y cuyas prédicas, según decían, eran capaces de conmover los más duros corazones y provocar las lágrimas de infinitas gentes. Incluso oí decir que hasta el señor infante don Fernando, tutor y gobernador en aquellos días, junto con la reina madre doña Catalina de Lancáster, de nuestro rey don Juan II, que entonces contaba seis años de edad, había enviado un relator para que le informase con todo detalle de los sermones de fray Vicente.

Al día siguiente, al amanecer, subido a un púlpito muy alto situado en la nave central de la catedral, celebró misa cantada y pronunció con mucha solemnidad y devoción un sermón que, centrado en la virtud de la humildad, figuraba los cimientos de un edificio lleno de aposentos que, en los demás días,

con alegorías e imágenes, fue construyendo para simbolizar en él al verdadero seguidor de Jesucristo. Recuerdo que la oquedad de la iglesia y el ruido de los pies de la infinita gente que allí estaba impedía captar todos los matices de su voz, y muchas de sus palabras se desvanecían irremediabilmente entre las bóvedas de piedra y las figuras inmóviles de vírgenes y santos. Se lamentó de esto fray Vicente y dijo que, cuando no era oído, perdía su trabajo, de modo que ni cristianos ni moros ni judíos se podían aprovechar entonces de sus doctrinas y enseñanzas, por lo que pidió que buscaran un lugar en el campo donde pudiera predicar y desde donde fuera oído por todos.

Así fue, porque, a partir de la mañana del día siguiente y durante el mes que permaneció en Toledo, se dirigió a las gentes desde un cadalso elevado que habían levantado en medio de una explanada muy amplia que se encuentra a las afueras de la ciudad, cerca del lugar donde venden la madera. El espacio estaba dividido en dos grandes zonas separadas por cuerdas, de tal modo que los hombres y mujeres no pudiéramos estar juntos. Entre ambas cuerdas había un pasillo de unos seis o siete pies de ancho, suficiente para mantener esta estricta separación.

Se habían congregado allí gentes de toda la ciudad y de las villas cercanas que, en bulliciosa mezclanza, se apretaban tratando de proteger arriscadamente el escaso contorno comprendido entre sus dos pies. Los alcaldes y regidores, junto con los caballeros nobles de la ciudad y los canónigos y otros clérigos, se hallaban situados, no obstante, en la parte delantera, muy cerca del predicatorio, donde el movimiento de la marea humana no llegaba a alterar su digna compostura. Solo de vez en cuando, alguna brusca oscilación conseguía remontar el ingente revoltijo de aquellos cuerpos y perturbar el vuelo de sus sayos y hábitos caídos sobre la espalda. Yo me encontraba cerca de estas primeras filas, aunque la escasa distancia que me separaba de ellas era muy grande, dada la cantidad de cabezas que entre ellos y yo se interponía en aquel denso espacio de tierra.

Durante tres días seguidos predicó fray Vicente sobre los diez mandamientos a aquellas multitudes: su voz solemne y potente y los gestos con los que la acompañaba, así como la pasión que desbordaban todas sus palabras, se introducían en mi ánimo y me llenaban de una sensación etérea, casi mágica, capaz de transportarme lejos de la realidad, pero al mismo tiempo de introducirme de lleno en todas las veleidades de la condición humana. Sus sermones duraban más de tres horas y, en algunas ocasiones, llegaron a prolongarse hasta cinco o incluso seis. Nadie, sin embargo, se sentía predispuesto a abandonar aquel espectáculo, aquel privilegiado momento durante el cual los oídos tuvieron la ocasión de percibir el maravilloso efecto de la palabra del predicador.

Después de nona, los miembros de la compañía de fray Vicente solían caminar, entre cánticos e himnos sublimes, en solemne procesión para dirigirse de nuevo a la explanada, dispuestos a inmortalizar sobre sus espaldas su condición pecadora, su ínfima naturaleza de criaturas depravadas, indignas de merecer conmiseración. En sus manos, los azotes de cuero con escarpías de

hierro en sus extremos se disponían para infligir su dulce mordedura sobre una piel encallecida y agrietada, llena de costras purulentas y de viejas cicatrices. Al compás de los himnos, soportando los rigores del calor y las insufribles molestias de las moscas, el chasquido escalofriante de las cintas sobre la blanda carne dejaba en el crepúsculo un aire de inmortalidad, matizado por los gritos contenidos, por las lágrimas de arrepentimiento y por el brillo de las agudas puntas de hierro que rasgaban, a veces quedándose allí mismo clavadas, la miserable carnosidad de una espalda pecadora. Este espectáculo de sangre no dejaba de producir una honda impresión. Muchas veces los cuerpos caían al suelo, de repente, como fulminados por un rayo, sollozando e implorando perdón, presos de convulsiones y espasmos que parecían impulsar el alma para que abandonase por fin todas las miserias de este abominable siglo.

—¡El mundo se acaba! —gritó de pronto un endeble hombrecillo situado a unos pasos delante de mí—. ¡El reino de Satanás está cerca! —apostilló, levantando al mismo tiempo los brazos y dirigiendo al cielo su mirada suplicante.

Su grito se propagó con rapidez entre las multitudes, que lo acogieron como un presagio de algo que parecía inevitable y, a la vez, tan funesto e inesperado como lo había sido la muerte del arzobispo de Zaragoza, asesinado por aquellos días en Almunia por el caballero don Antón de Luna.

He de confesar que aquel repentino suceso me había conmovido bastante, no solo por lo que para mí tenía de cruel e incomprensible que un eclesiástico de tan alta dignidad y representante de Dios en la Tierra fuera traidoramente asesinado, sino porque aquel crimen representaba también la voz de la ignominia y la ilegitimidad, el deseo de imponer por la fuerza, y no conforme a derecho, al futuro rey de Aragón, que para Antón de Luna y sus secuaces no había de ser otro que el conde de Urgell. Gracias a los designios de Nuestro Señor, la cordura y la justicia imperaron con el tiempo, pues en la villa de Caspe, donde fueron decisivas la presencia y autoridad moral del maestro Vicente Ferrer, se decidiría investir con el cetro real al infante don Fernando.

Aquel grito me había helado la sangre; mi naturaleza sensible acogió aquella contundente profecía con un escalofrío de terror. No era la primera vez, en cambio, que escuchaba tales afirmaciones dramáticas, pues por aquel tiempo ya me había topado en alguna que otra ocasión con adivinos o profetas que proclamaban esta misma idea. En aquellos días, como en estos que ahora transcurren llenos de males y turbación, aunque con mucha más perversidad, no faltaban razones —y lo digo en virtud de la gracia divina que me asiste y como quien vivió de cerca los acontecimientos de aquellos años— para creer que estábamos consumando las últimas gotas de una copa exhausta, apurada por unos labios codiciosos que extinguían sobre su paladar las esencias de un selecto licor.

—Hermano, por caridad, arrodíllate, no excites la ira del Creador y pide perdón por todos tus pecados —me suplicó una voz temblorosa, al mismo tiempo que unas manos huesudas, con llagas entre los dedos, tiraban de mis ropas hacia el suelo.

En la explanada se había hecho un silencio expectante, profundo y solemne, roto tan solo por los lamentos lejanos de algún desgraciado que imploraba la ayuda divina y por los sollozos lastimeros de quienes sentían sobre su espíritu toda la tensión de aquel instante. En el aire fue dibujándose el rumor creciente de unas palabras ininteligibles pero que, al momento, estallaron en toda su plenitud para elevar al cielo las notas sublimes del *Pater noster*. Empecé a orar con devoción, arrastrado por la marea de las multitudes, inclinando mi cabeza y cubriendo mi rostro con las manos. Así permanecí hasta que, concluida la oración, una voz me sacó de mi estado de arrobamiento.

—¡Perdónanos, Señor, por el honor del puro martirio!

Abrí los ojos, heridos ahora por la luz rojiza del crepúsculo. Aquel grito destemplado provenía de uno de aquellos flagelantes de la compañía de fray Vicente; su espalda desollada mostraba las huellas del castigo, una penitencia de sangre y dolor impuesta para el perdón de los pecados de la humanidad. Todos los demás, rítmicamente y profiriendo cánticos exultantes, comenzaron a golpearse con fuerza las espaldas con el azote; las gentes, con lágrimas en los ojos, se mostraban inquietas: vi cómo algunos se arañaban la cara y cómo otros se quedaban con puñados de cabellos entre sus dedos. En la tierra, no lejos de donde yo me hallaba y al otro lado de la cuerda que servía de separación entre hombres y mujeres, se revolcaba, entre aspavientos y espumarajos que salían de su boca, una muchacha de unos quince años que repetía desazonada: «Traidor, ¿por qué lo dices y avisas a las gentes?»

Me acerqué hasta allí, a pesar de la prohibición, movido por la curiosidad y por lo extraño de aquel caso. La sujetaban varias personas que forcejeaban con ella y que soportaban los espesos escupitajos que les lanzaba a la cara. Una mujer, completamente vestida de negro, de blancos cabellos y rostro surcado por pliegues y arrugas, se llevaba sus manos a la cabeza y evidenciaba síntomas de enorme preocupación.

—¡Hija mía, no te magulles, despierta! ¡Hija! ¡Hija! —las lágrimas le taparon la voz y solo dejaron escapar, como desde el umbral de otro mundo, un sonido agudo y cortante que desgarró a todos los que allí nos encontrábamos.

—Es el acceso, no es la primera vez que le pasa —sentenció una figura alta y pálida, comida de viruelas.

Entretanto, había acudido a nuestro corro un clérigo muy corpulento de los de la compañía de fray Vicente, vestido de lana, con capa negra y una túnica y un escapulario de color blanco. Alguien dijo entonces que un fraile joven de una localidad cercana a Toledo había estado hacía unos meses con la niña y había confirmado que tenía tres demonios en el cuerpo.

—Traidor, ¿por qué lo dices y avisas...? — una mano firme y gruesa se había interpuesto entre estas palabras, dejando sobre la mejilla izquierda de la niña una explosión de púrpura. Era la mano de aquel clérigo robusto que, mirando ahora con fijeza los ojos de aquel cuerpo fatigado, había iniciado un exorcismo.

—Yo te conjuro por Dios que no la atormentes. ¡Sal, espíritu inmundo, de esta mujer!

—¡Puerco, vete de aquí! Me cago encima de ti y de la Santa Consagración —replicó la niña de un modo infame, mientras entre sus ropas, rasgadas a causa del forcejeo, se insinuaban las bellas formas de unos pechos incipientes, aunque no por eso menos sensuales y provocativos.

—¡Blasfemia! ¿Habéis oído la desvergüenza? Tapad esa camisa — se escandalizó la mujer de las viruelas, haciendo una extraña mueca que figuraba en ella un rostro de lechuza.

—Dejad al fraile —interrumpí yo—, él sabe lo que se debe hacer.

Con un crucifijo de madera entre sus manos, que fue acercando a la cabeza de la muchacha, y sin alteración aparente, conminó a los espíritus a que se manifestasen.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo con tono seco y duro.

La muchacha experimentó una brusca sacudida, intensificada cuando el clérigo apoyó el crucifijo sobre su frente. Entonces, prorrumpió en una retahíla de insultos a la vez que se contorsionaba como una juglaresa, aunque no como ellas debido a la cadencia de la música —en esos momentos los flagelantes habían elevado el tono de sus voces—, sino al impertinente acoso de las palabras del clérigo.

—Espíritu inmundo —dijo—, yo te conjuro para que me digas tu nombre.

—Se llama Juana —respondió de inmediato, entre sollozos, la mujer de negro.

—¡Silencio! —le espetó el fraile.

Mientras éste proseguía con sus denodados intentos para descubrir la identidad del espíritu principal que la atormentaba, yo no pude evitar recrearme en la complacencia que me producían, a pesar de lo tenso de aquel instante, las delicadas formas de aquella muchacha. El contraste entre la rústica apariencia del fraile, el rostro ajado de la supuesta madre y la nariz corva de aquella lechuza con la hermosa mujer que yacía en el suelo acrecentaban el efecto de esta profunda sensación. Sus ojos verdes, ahora dispersos en otra realidad, su cabello rubio esparcido sobre la tierra y sus labios manchados por unas ligeras gotas de sangre se adentraban en mi alma de manera inexplicable. Ahora sé que pecaba con el pensamiento y que incluso en este mismo instante, en el que escribo estas palabras bajo la luz tenue de una vela, su recuerdo es capaz de perturbar aún mis emociones, de estremecerme y perseguirme más allá de los contornos de esta reducida celda en la que me encuentro.

El corro, entretanto, había aumentado sus dimensiones. Una multitud de curiosos, de las más diversas formas y tamaños, se agolpaba ya alrededor de Juana. El fraile, imperturbable, con su voz henchida de autoridad, trataba de penetrar las oscuras entrañas donde, al parecer, moraba un inmundo y soez espíritu.

—Te insto a que me reveles tu nombre. ¿Eres uno o legión?

Los presentes se miraron aterrados, iniciando un instintivo amago de retroceso. Aquel segundo término de la pregunta del clérigo había provocado una general alarma.

—¡Hija mía! ¡Juana de mi alma! ¡Tú, llena de diablos! ¿Pero cómo han podido entrar tantos en cuerpo tan limpio y sin pecado? —se preguntaba la madre, mientras se arrancaba mechones de pelo cano de la cabeza.

El motivo de aquel sobresalto de la madre y de las gentes que allí se encontraban me parece ahora más comprensible de lo que me pareció entonces, pues, andados los años, pude escuchar un día en Valladolid que un ensalmador nacido en Viernes Santo había sacado del cuerpo de un alcalde de Corte 90.850 legiones de demonios, compuesta cada una, con su capitán al frente, por 6.666 soldados. Supongo que aquella vieja y pobre mujer no tendría conocimiento de maravillas como ésta, pero el solo hecho de pensar que el cuerpo de su hija pudiera ser una hospedería de diablos le debió de producir entonces una sensación indescriptible.

Los cantos rituales de los flagelantes se fueron apagando lentamente. Los últimos reflejos del sol inflamaban el horizonte con tonalidades rojizas y violetas que iban diluyéndose entre las nubes para dar paso a una cortina cada vez más oscura que se aproximaba despacio y que lo cubría todo con su sombra. El chirriar ondulante de las golondrinas rompía los ángulos de aquel atardecer de julio y provocaba en mi espíritu una laxitud melancólica y apacible, a pesar de que la inquietud por aquel inesperado caso de posesión diabólica me sumía también en un estado de incertidumbre y preocupación. En la explanada se abrían claros entre la multitud allí reunida y, a lo lejos, se distinguían hileras de gentes que se encaminaban hacia las murallas y los portillos y las puertas principales de la ciudad. Muchos eran, sin embargo, los que permanecían a pie quedo en torno a la endemoniada y su cirujano espiritual. Éste proseguía con su empeño de extirpar el misterioso nombre del impuro inquilino de aquel templo de hermosura llamado Juana. Su voz se hacía ahora más perceptible y resonaba fuera del círculo de curiosos y allegados, atrapando, a veces, el vuelo rasante de alguna golondrina.

—¡Inmunda criatura, no te obstines en celar tu nombre. Revélame tu nefanda identidad! —gritó con inflexible ceremonia, mirando fijamente los ojos de la muchacha, mientras que con el brazo derecho extendido, en cuyo extremo empuñaba el crucifijo de madera, se mantenía en una postura hierática.

—Mi nombre es Melton, repugnante fraile —respondió una voz ronca, en nada equiparable con la delicada prestancia de aquella mujer que ahora se agitaba nerviosa y como herida por la sombra del crucificado.

Una impresión gélida, como si me hubieran derramado un vaso de agua por la espalda, me recorrió en ese instante todo el cuerpo. Creo que algo similar debió de sucederles a los que allí se encontraban, porque en el momento de producirse esta sorprendente revelación pudieron percibirse algunos gritos entrecortados, lamentos y un principio de llantos.

—¿Por qué has penetrado, siervo de Satanás, en este noble cuerpo? —prosiguió con el mismo aire de autoridad el reconfortado fraile.

—¡Déjame en paz! —y le escupió en la cara.

—No me arredras, espíritu soez —amenazó, mientras que con el envés de la mano se quitaba el escupitajo de su mejilla—. Dime cómo has entrado en este cuerpo.

—¡Por el culo! —exclamó, soltando una sarcástica carcajada y señalando el orificio con el índice.

Uno que se hallaba a mi lado, y que parecía tomarse todo aquello a pura chanza, no pudo reprimir un burdo comentario:

—¡O por el coño! A más de una de éstas, hermano —dijo, dirigiéndose a mí con cierta impertinencia—, le ha lamido los intríngulis algún que otro libidinoso diablo de la ciudad en el conciliábulo de los sábados. Estoy harto de ver a estas fingidas endemoniadas.

—¡Silencio! —sentenció el fraile, aunque estoy seguro de que no pudo oír sino el rumor de aquella inoportuna explicación.

—¡Vete! ¡Quítate de aquí! ¡Aparta esa reliquia de mi vista! —gritó con una voz rasgada la muchacha, revolviéndose entre bruscos arrebatos y haciendo visajes desagradables—. Traidor, ¿por qué lo dices y avisas a las gentes? —añadió a continuación muy extenuada, repitiendo aquella frase con la que se había iniciado su paroxismo.

—¿Qué quieres decir, abominable espíritu? ¿A qué gentes te refieres? —interrogó con curiosidad la serena y firme voz del clérigo.

Un sonido ininteligible fue la única respuesta. Juana, agotada, parecía exánime. Sus brazos caían inertes sobre la tierra con las palmas de las manos abiertas y mirando al cielo. La acuosidad de sus hermosos ojos verdes tocaba con un reflejo de profundo misterio aquel rostro blanquísimo y puro. Era una gentil rosa, palabras que yo había oído a los trovadores cuando elogiaban la belleza celestial de sus damas.

—Es el acceso, ¡no hay duda! —interrumpió lastimeramente la rapaz nocturna de las viruelas, que ahora, con la cercanía de la noche, parecía cobrar renovada vitalidad.

El círculo de gentes que rodeaba a la hermosa posesa experimentó de pronto un rápido movimiento; entre las cabezas allí congregadas se movía otra que, en su camino, iba apartando con los brazos los incómodos cuerpos que le obstruían el paso: era la cabeza tonsurada de un fraile, de rostro cetrino, con gruesos labios y dientes mal dispuestos.

—¡Dejadme pasar! —protestó una voz fina y meliflua.

Todos nos quedamos mirándolo. Cuando por fin alcanzó el claro del círculo, se acomodó con rapidez el hábito, estirando sus pliegues y sacudiendo con una mano el blanco escapulario. Venía sudoroso y sofocado, algo indispuerto.

—Fray Lorenzo, ¿qué hacéis? Es hora de retirarse —dijo, dirigiendo su mirada a los ojos del clérigo sacademonios que se había dado la vuelta.

—Traidor... —se adelantó Juana, con la voz muy débil y dejando esbozada la frase que había comenzado.

—¿Quién es esa muchacha? —continuó el fraile, poniendo al descubierto su obscena dentadura.

—Una pobre desdichada, fray Tomás. Estoy tratando de averiguar la desgracia que la consume. A simple vista, y después de observar algunos indicios, creo que puede tratarse de una posesa. Pero, en fin, vos juzgaréis el caso; ahora es mejor que nos retiremos, pues la noche se echa encima y aquí nada más podemos hacer.

—¿Habéis iniciado un exorcismo? —preguntó con cierta reticencia el recién llegado.

—Sí —replicó fray Lorenzo.

—¿Y no sabéis que tales prácticas espirituales han de hacerse bajo sagrado o, al menos, en lugar cubierto? —le recriminó éste, que parecía ostentar un rango más elevado dentro de la orden que el clérigo exorcista.

—Lo sé, sin duda, pero he querido cerciorarme de que no se trata de una impostora. Ya sabéis cómo han proliferado éstas en los últimos tiempos. Creo que es una posesión auténtica.

Yo escuchaba, junto a aquel impúdico hombrecillo que me contó lo de los conciliábulos, aquella conversación entre frailes. Un tanto perplejo, no comprendía entonces la disparidad de criterios en un asunto que parecía incuestionable; creía imposible que una muchacha como Juana pudiera fingir aquel trance y, más aún, proferir aquellas nefandas palabras y groseros insultos que, impropios de su inocencia, solo encontraban explicación si admitíamos que un diablo se había adueñado de su voluntad. No tenía la menor duda: fray Lorenzo, a pesar de las objeciones del otro fraile, sabía lo que se hacía y su hipótesis sobre la posesión era la correcta.

En el suelo, con sus rubios cabellos alborotados y una palidez acusada, yacía Juana, el triste sujeto de estas especulaciones. En el cielo se adensaba una luminosidad crepuscular que se cerraba sobre los torreones de la muralla; a lo lejos, se podían divisar ya algunas antorchas y contemplarse un resplandor mortecino en los ventanales del castillo de San Servando. La noche comenzaba a caer sobre Toledo.

—Todo se conocerá, fray Lorenzo. Dios sabe proveer adecuadamente a sus siervos —dijo el fraile mientras se pasaba un dedo por sus carnosos labios—. Ahora nos debemos ir de inmediato, es casi de noche y ya debiéramos estar hace tiempo en el refectorio con fray Vicente. Las horas canónicas se han establecido para ser cumplidas con total escrúpulo por los frailes. Fray Vicente va a enojarse con nosotros con razón.

—Está bien, así debe ser. ¿Quién sabe dónde vive esta niña? —preguntó fray Lorenzo, al mismo tiempo que recorría con sus ojos encogidos, como quien tiene problemas con las distancias, a todos los que allí nos hallábamos.

—Yo soy su tía, fratres —dijo la mujer anciana que, hasta ese momento, yo había tomado por su madre.

—¡Perfecto! —terció fray Tomás—, en ese caso encárguese de ella y llévela a casa. Métala en su jergón, átele las manos para que no se lastime y deje una ventana abierta para que le entre el aire fresco de la noche. Mañana, después de la predicación de fray Vicente, iremos a visitarla y a comprobar si es verdad que se le ha metido un diablo en el cuerpo. Ahora —dijo, dirigiéndose a todos los concurrentes— ayuden a esta buena mujer a llevar a su sobrina a casa. Tengan caridad, hermanos.

Yo iba a ofrecerme para el acarreo pero, más rápido que un suspiro, se me interpusieron en el camino la destartalada lechuga, el homúnculo —¡Dios me perdone!— que pernoctaba a mi lado y otro personaje, corpulento y vivaz, hasta ahora anónimo, que había salido entre la hojarasca de brazos y cabezas de aquel círculo, ya roto, de curiosos y despistados. Juana, muy cansada y con los brazos colgando, se marchaba ahora encima de aquel caparazón de músculos, pues había sido el anónimo personaje el que se la había alzado finalmente sobre su pecho. Iba transida, mascullando algunas palabras ininteligibles y girando despacio, algunas veces, la cabeza. A lo lejos, cada vez más apagada, se percibía la voz meliflua de fray Tomás:

—Tengan caridad, hermanos. Tengan caridad.

Me quedé estático y pensativo viendo cómo se dispersaba aquel gentío: parecían migajas andantes, diseminadas en aquella superficie que, como una enorme rebanada de pan tendida en el crepúsculo, se abría a un firmamento infinito e inescrutable desde donde los designios de Dios descendían para forjarse en todas sus criaturas. La sabiduría divina se intuía también en aquellos primeros puntos de luz que poblaban la cúpula celeste, en aquel espacio silencioso que ahora me rodeaba y hasta en la hermosura de unos ojos verdes y un cuerpo perfecto del que me separaba ya una larga distancia.

Experimentaba una profunda calma y, a la vez, una melancolía inexplicable. En mi mente resonó entonces una frase misteriosa cuyo significado no había comprendido y que sembró en mí un cierto desasosiego y unas ansias excesivas por conocer su sentido. Trataba de recordarla en toda su exactitud, tal como la había oído en varias ocasiones durante aquella tarde, escapándose de los labios de Juana. Muy pronto se desprendió de mi pensamiento y pude contemplarla en su completa desnudez, allí, delante de mí, con todo su enigma y con el peso de unos instantes que se habían desvanecido para siempre: «Traidor, ¿qué quieres de mí y por qué avisas a las gentes?» ¿Qué significaba aquello? ¿Qué oscuro contenido latía detrás de aquellas palabras? ¿Quién era el traidor? ¿Quiénes eran las gentes? «No os preocupéis, hermano», sentí que me dictaba la voz de la conciencia, aunque la presión de unos dedos que apretaban mi brazo derecho me hizo rápidamente rechazar tal suposición. Asustado, giré de inmediato la cabeza, sobreponiéndome de mi estado de nebulosidad. Junto a mí, creí advertir una figura conocida, vestida de andrajos, de una delgadez proverbial. Miré su mano y solo vi unos dedos huesudos y alargados, cubiertos de costras.

—No os preocupéis, hermano —volvió a insistir, mientras una mirada de conmiseración se clavaba en mis pupilas.

—¿Quién sois? —pregunté con cortesía.

—Un peregrino en este mundo, un caminante que se dirige a Dios —contestó con una voz tenue, algo ronca, como si temiera que su esqueleto se fuera a desvencijar allí mismo, en medio de la explanada y durante aquel anochecer.

—¿Habéis estado observándome? —dije, mostrándome incomodado.

—Sí, lo he hecho. Perdonadme si os he ofendido.

—¡Oh, no! Simplemente creí que estaba solo.

—Me ha parecido que os encontrabais preocupado —dijo alzando sus ojos al cielo— por lo que ha sucedido esta tarde con esa muchacha.

—En verdad... —titubeé— no. Bueno, quiero decir —y noté que me subía la temperatura— que sí. Ha sido una experiencia insólita y desagradable ver padecer así a una endemoniada.

—No hagáis caso de frailes, querido hermano, ellos ven demonios en todas partes. No quiero decir con esto que no los haya, pues la figura del maligno sigue de cerca nuestros pasos en este mundo. Pero quizá lo de esta muchacha sea diferente.

—¿Qué queréis decir? —repliqué, alarmado por aquella sugerencia.

—Tal vez lo suyo es simplemente debilidad mental, un estado pasajero de locura.

—¿Acaso dudáis de que Satanás o cualquiera de sus ministros se haya podido apoderar de su cuerpo?

—No lo sé, pero hay veces en las que se confunden los síntomas de una verdadera posesión con los de cualquier otra enfermedad de la mente. Esto sucede sobre todo con las melancolías, que provocan en el sujeto que las padece una distorsión de la realidad, delirios y desvaríos que les hacen crear imágenes inexistentes o traer a su mente en el momento de la crisis todo aquello que les obsesiona y atemoriza. Por eso, es necesario distinguir en estos casos si el diablo está realmente en su interior o si han sido los demás quienes han introducido en su conciencia la convicción de que estaban poseídos. Quizá el mismo fraile ha contribuido con su exorcismo a arraigar en la muchacha la creencia de que Satanás se ha adueñado en verdad de su cuerpo. Esto pasa con más frecuencia en los débiles de espíritu, pues sus armas contra la palabra y contra el supuesto prestigio de quien la pronuncia se muestran ineficaces y son seducidos con facilidad. ¿Comprendéis lo que trato de deciros? —se me quedó mirando con fijeza a los ojos y me dio al mismo tiempo unos golpecitos cariñosos sobre el hombro.

Me quedé admirado con la sabiduría de aquel vagabundo, aunque me costaba trabajo admitir que Juana pudiera ser una de aquellas frágiles mentes a las que se refería este venerable anciano en su discurso. Pero, ¿y si fray Lorenzo estaba en lo cierto? Quizá aquel demonio —Melton era su nombre— y, lo que parecía peor, toda una cohorte de inmundos secuaces se alojaban ahora, como si fuera una cómoda fonda de camino, entre las blanquísimas carnes de Juana.

Mientras me hablaba, habíamos ido caminando lentamente hacia las murallas de la ciudad. Atravesamos la puerta del Vado y seguimos conversando

durante el largo trayecto que conduce hasta la puerta del Sol, que pocos años antes había sido reconstruida por orden del arzobispo don Pedro Tenorio. Estaban a punto de cerrar sus pesados y macizos portones, así que incrementamos el paso y la franqueamos al momento, entre un ruido de goznes y gruesas vigas que crujían a nuestras espaldas.

—Es difícil diferenciar —prosiguió aquel hombre—, como ves, la autenticidad de una posesión diabólica de las enfermedades de la mente.

Hizo una pausa, giró con rapidez su cabeza a derecha e izquierda, mientras un silencio expectante se interponía entre nosotros.

—No se os ocurra decirle —continuó, bajando aún más el tono de voz y estirando el dedo índice sobre sus labios— esto que os he contado a los frailes: me tacharían de hereje. Para ellos, o se está poseído de verdad o se trata de un falso energúmeno que manifiesta ostentosamente las señales de la posesión. No hay más posibilidades.

—Os comprendo, pero es tan grande el poder que Nuestro Señor permite desplegar a Satanás que pocos humanos pueden sustraerse a este maligno influjo.

—Es cierto, pero no todos los casos deben explicarse de modo tan simple, pues resulta evidente, aunque muchos hombres se nieguen a reconocerlo, que determinados síntomas descubren una alteración en el funcionamiento de nuestra mente, como sucede con las manías, con los locos y, claro, naturalmente, con ese impulso que llamamos amor carnal. Casi todos están de acuerdo en esto: el amor saca a los hombres de sus cabales y produce en ellos una turbación tal que les hace obsesionarse hasta límites insospechados; el amor, querido hermano, es una transitoria inflamación del cerebro, un estado de locura, un trastorno mental que se agrava con la insatisfacción, quiero decir, con la expectativa de poseer o perder a quien se desea con intensidad. No lo digo yo solo, son conclusiones de Arnaldo de Vilanova, un famoso médico que vivió hace cien años.

—Pero, el amor...

Me interrumpió sin darse cuenta cuando yo pretendía hablarle de las maravillas de ese sentimiento.

—¿Y quién dice que esa muchacha no pueda padecer una flojedad mental o una obsesión extraña y desconocida, bien agarrada en su alma, que le hace comportarse de ese modo? No digo yo que no exista la posibilidad de la posesión, pero... —y dejó la frase sin terminar, quedándose pensativo, abstraído, como si estuviera revolviendo en su mente todos los viejos volúmenes de pergamino de una biblioteca.

—Sí, pero, ¿y si no fuera como decís? —pregunté algo confuso y preocupado.

—Si así no fuera, los frailes se encargarán de extraerle los diablos del cuerpo, pero si es como yo digo necesitará algo más que exorcismos y azufre bendito colocado junto a su lecho. La mente —prosiguió— es un reducto sutil, inaprensible, de muros moldeables que se prolongan hasta el infinito, de elevadísimas

bóvedas que nuestros vulgares ojos no alcanzan a contemplar en toda su magnificencia, pero es, a la vez, delicada y quebradiza, como esas vidrieras de la catedral que una mano perversa, con una piedra lanzada contra ellas, podría agujerear.

—Pero esa hermosa catedral que es la mente —proseguí yo— también tiene sus deficiencias: pináculos que se desmoronan con las heladas o los terremotos, gárgolas que se desfiguran por el empuje del viento, techumbres inacabadas, retablos que se incendian, imágenes que se quiebran, criptas que se profanan...

—No sigáis, hermano —me interrumpió—, la catedral, como la mente, se ve sujeta a numerosos accidentes e inclemencias y al desgaste inexorable del tiempo. La mente, vivificada por el alma, deja de funcionar según su natura cuando está sometida a poderosos influjos externos que perturban su acción. Los efectos del vino sobre ella, por ejemplo, pueden arrastrar a un hombre hasta el delirio y llegar a sacarlo de sí mismo hasta el punto de hacerle vivir en una realidad inexistente. ¡No hay nada tan repugnante como ver a una mujer beoda empeñar sus ropas en la taberna para seguir bebiendo!

—El vino hace enloquecer y convierte en viles a los hombres: «*Bibit ista, bibit ille, bibunt centum, bibunt mille*» —recité en latín, recordando unos versos que había leído.

—Eso mismo sucede cuando la mente se dobliga ante otros estímulos. ¿No habéis oído hablar de las brujas? —me interrogó al mismo tiempo que escupía en el suelo—. Dicen que cabalgan sobre un palo, volando por los aires cuando se dirigen al conciliábulo, pero yo creo que todo es una alucinación provocada por los ungüentos que se untan en el cuerpo o por las pócimas de mandrágora y de otras muchas hierbas que beben antes de iniciar su ilusorio raptó en el vacío.

Su palabra, que trato de reproducir ahora con la fidelidad que me permite el paso de los años, producía en mí similares efectos —y Dios es testigo de lo que digo— a aquellos que debía de causar una de aquellas pócimas de mandrágora, tal vez de beleño o de solano, con las que las brujas preparaban sus bebedizos. Si la mente, como una rutilante catedral, estaba sujeta a las circunstancias que condicionaban su forma y desarrollo, en aquel instante la mía se dejaba seducir por la fuerza de aquella voz tenue que impregnaba mis pensamientos.

—Pero no siempre —continuó— todo se debe a la influencia de causas exteriores, sino que el propio hombre ha engendrado dentro de sí la fuerza que lo destruye. Es cosa como de magia e inexplicable... Por cierto —dijo cortando de repente el hilo de su exposición—, ¿cómo os llamáis, hermano?

—Juan —dije yo, algo sorprendido por lo inesperado de la pregunta—, como el apóstol.

—Hay algo, Juan hermano, no sé si está en vuestros ojos o en los rasgos de vuestro semblante —me dijo mientras apoyaba una de sus manos sobre mi hombro—, que me transmite intranquilidad y una sensación de preocupación. Esta tarde, cuando os vi por primera vez entre las multitudes, sentí un golpe en

el pecho, muy extraño y punzante, como si fuera el principio de una revelación que me impulsó a tratar de hablarlos. Tal vez la Providencia, cuyos ocultos designios desconocemos, ha propiciado este encuentro. Debemos, hermano, agradecer a Dios los dones que nos concede y arrepentirnos de nuestros pecados —sentenció, al mismo tiempo que se persignaba elevando ligeramente los ojos hacia el cielo.

—Así sea —admití yo.

—Se nos ha hecho ya demasiado tarde y las calles se han quedado vacías. Cuando me pongo a hablar no me doy cuenta de cómo pasa el tiempo. Quizá mañana domingo podamos vernos de nuevo; al amanecer, después de la misa, continuará fray Vicente con su predicación. Todos esperamos ansiosos este día; ya sabéis que, como dijo esta mañana, hablará del Anticristo, ese inicuo enemigo que, para muchos, ya se encuentra en el mundo.

—Eso he oído decir. La continuidad del cisma parece presagiarlo. Todos estamos muy alterados —dije pasando mi mano por la nuca.

—En fin, hermano, mañana será otro día. Espero veros en el mismo sitio. Buenas noches, la paz sea contigo.

—Y con su espíritu —rematé yo.

Lo vi alejarse lentamente, vagando como una sombra por la solitaria calle. La noche había dibujado sobre mi cabeza infinidad de estrellas, cuya luz misteriosa y distante era rota por el canto intermitente de los grillos. El mundo se llenaba en aquel instante de un silencio melancólico y apacible, irónico contraste con los latidos impetuosos que sonaban detrás de aquellas viejas murallas. Pensé entonces en las cosas del mundo, en sus problemas, en un rey de seis años que habría de enfrentarse a ellos, en tres papas electos luchando para conseguir el dominio sobre la Iglesia, en la vacante de la silla real en Aragón, en los moros de Granada, en Vicente Ferrer proclamando el inminente final de un mundo corrupto y lleno de pecados.

Atravesando ahora otras murallas, regresé sobre mí mismo: estaba allí, plantado en vertical en medio de la noche, recordando las pisadas de aquel hombre que se alejaba como un fantasma y la huella que habían dejado en mí sus palabras. ¿Quién era? —me pregunté mientras orientaba mis pasos hacia la calle del obispillo—. Ni siquiera sabía su nombre, aunque de pronto, como iluminado por una revelación, vino a mi mente la imagen de una mano costrosa que tiraba de mis ropas y que me impelía a arrodillarme cuando alguien, entre las gentes allí congregadas, había proclamado la inminencia del reino de Satanás. Sí, ahora no tenía duda, aquella mano era la misma que más tarde me había apretado el brazo mientras mis pensamientos vagaban alrededor de Juana. ¿Qué sería de esa pobre endemoniada? —me dije, alterando el rumbo de mis cavilaciones a la vez que torcía por una solitaria esquina—. ¿Tendría razón fray Lorenzo o, por el contrario, su mente, como una catedral, se veía sujeta a las inclemencias del exterior? Aquel enigmático hombre era, en verdad, un manantial de sabiduría, pero ¿estaría en lo cierto?

Bajé entonces, después de atravesar la plaza del Oliva y de dejar a un lado el hospital de San Pedro, por el oscuro callejón, teniendo cuidado para no tropezar con las piedras que sobresalían entre las abruptas modulaciones del terreno, pues la candela encendida que llevaba en la mano no me permitía vislumbrar con claridad los obstáculos del camino. Ya frente a la puerta, cerré la mano instintivamente y con los nudillos golpeé tres veces sobre la madera. El ruido de una llave que giraba entre la herrumbre y un sereno rechinar de goznes fue la respuesta única de aquel prodigioso día.